Domingo XVII TO/C

Pidan y se les dará

En medio de la actividad el Señor se muestra como un hombre de oración

El Domingo pasado, desde la experiencia con Jesús de Marta y María, que nuestra vida cristiana ha de ser una vida de oración y acción. Ahora el Evangelio nos dice que Jesús estaba "orando en cierto lugar". En medio de la actividad el Señor se muestra como un hombre de oración (Cfr. CEC 2599-2606), constituyéndose en modelo que "con su oración atrae a la oración" (*CEC* 520), ya que el discípulo que contempla a su Maestro en oración experimenta él mismo la necesidad de orar, experimenta el deseo de aprender de quien es el Maestro. Por ello que cuando Jesús termina de orar le dijo uno de sus discípulos: "Señor, enséñanos a orar".

El Señor no enseña "cómo" orar, no establece un método de oración, sino que enseña *qué decir* en el momento de orar y propone una plegaria muy breve y concreta, cuyo contenido va a lo esencial: "Cuando oren digan: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofenden, y no nos dejes caer en la tentación".

Dios, a quien el Señor Jesús me enseña a dirigirme con confianza filial, no sólo es mi Padre: es también Padre de Jesucristo, Padre mío y tuyo, de todos los que hemos recibido la vida nueva en Cristo, es "Padre *nuestro*". Sí, el Señor nos enseña que su Padre es también Padre nuestro y eso nos hace a ti y a mí hermanos, verdaderamente hermanos, unidos por un vínculo más profundo que el de la sangre, el vínculo del Espíritu que hemos recibido el día de nuestro Bautismo. Y si somos hijos de un mismo Padre, no podemos consentir divisiones entre quienes somos de Cristo, más aún, somos responsables los unos de los otros, somos responsables de trabajar por nuestra unidad, por vivir reconciliados en el amor del Señor. No hay fraternidad más profunda y real que ésa: la que se sustenta en la dignidad y condición de ser hijos de un mismo Padre, que es Dios.

Por esto San Cipriano decía: “Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual rogara sólo por sí mismo. No decimos: “Padre mío, que estás en los cielos”, ni: “El pan mío dámelo hoy”, ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedimos para cada uno en particular que no caigamos en la tentación y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo”.

Luego de enseñar a sus discípulos esta fundamental plegaria el Señor continúa su instrucción sobre la oración. La persistencia y la confianza han de ser sus principales características. Con la parábola del amigo importuno enseña cuán insistente debe ser la súplica dirigida al Padre. También Abraham muestra esa terca insistencia al suplicar a Dios que no destruya las ciudades inicuas de Sodoma y Gomorra, en consideración a los pocos justos que allí pudiera haber (1ª. lectura). Jesús por su parte concluye su parábola dándoles la certeza a los discípulos de que serán atendidos por Dios en sus plegarias: “Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra, y al que llama se le abre”.

Sin embargo, el Señor deja entrever que si no reciben lo que piden, es porque están pidiendo algo que no conviene. La razón de no recibir lo que se pide hay que buscarla no en que Dios no escucha, sino en que como Padre Él no dará a sus hijos lo que no es conveniente. Y a veces, aunque no se comprenda de momento, lo más conveniente será la Cruz a la que el Padre en sus misteriosos designios invita al discípulo a abrazarse con firmeza. En esas circunstancias el Hijo por excelencia será también Modelo y Maestro de cómo se ha de rezar: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú” (*Mt* 26, 39).

Por consiguiente, como dice san Cipriano: “Dios nos enseñó a orar no sólo con palabras, sino también con hechos, ya que Él oraba con frecuencia, mostrando, con el testimonio de su ejemplo, cuál ha de ser nuestra conducta en este aspecto; leemos, en efecto: *Jesús solía retirarse a despoblado para orar*; y también: *Subió a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios*”.

María Madre y modelo de la oración de la Iglesia, tú que representas al pueblo de Dios, enséñanos a tus hijos cómo dirigirnos a Dios para invocar su ayuda y su apoyo en las varias situaciones de nuestra vida.

Padre Félix Castro Morales
Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)